

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

# El Tío Wiggily y el Pastel de Cumpleaños

—¡Mañana es mi cumpleaños! ¡Mañana es mi cumpleaños! Y voy a comer un pastel con diez velas.

Una niña lo cantaba una y otra vez mientras bailaba por la casa una mañana.

—¡Diez velas! Estarán encendidas y podré soplarlas, cortar el pastel y repartirla, ¿verdad, mamá? —preguntó la niña.

—Sí, cariño —respondió Madre—. Pero si vas a querer un pastel de cumpleaños, tienes que ir a la tienda y traerme harina, azúcar y huevos. No sabía que los necesitaba, pero los necesito, si vas a querer un pastel.

—¡Oh, claro que quiero un pastel! —dijo la niña—. No sería un cumpleaños sin un pastel. Y diez velas encima, todas encendidas. El año pasado sólo tuve nueve. Pero ahora puedo tener diez. Diez velas. Diez velas en mi pastel de cumpleaños —cantaba la niña feliz una y otra vez—. ¡Diez velas! ¡Diez velas!

—Será mejor que vayas a la tienda en vez de cantar tanto —rio su madre—. Canta por el camino, si quieres. Pero no olvides la harina, el azúcar y los huevos.

—Iré por ellos —dijo la niña; y se puso en marcha, tomando un atajo por el bosque para llegar más rápidamente a la tienda.

Aquellos bosques eran los mismos en los que el Tío Wiggily había construido su cabaña de troncos huecos, y más o menos a la misma hora en que la niña se puso en marcha para recoger las cosas para su pastel de cumpleaños, el señor conejo se encontraba en el pórtico de su casa.

—¿A dónde vas? —preguntó la Nana Jane Fuzzy Wuzzy, su ama de llaves rata almizclera.

—Oh, solo a saltar por el bosque, a buscar una aventura —respondió el Sr. Orejaslargas—. No he tenido una desde que ayudé a cavar la zanja para la lluvia alrededor de la tienda de los niños que acampaban.

—Debería pensar que eso sería suficiente como para durar mucho tiempo —dijo la Srta. Fuzzy Wuzzy.

—Oh, no. Necesito una nueva aventura cada día —rio el conejo; y saltó por los campos y los bosques.

El Tío Wiggily no había ido muy lejos cuando, de repente, cayó en una trampa. Era una trampa de resorte, colocada en el bosque por algún cazador que la había cubierto con hojas secas para que no se viera fácilmente. Así engañan los cazadores a los animales salvajes.

Y, sin ver la trampa, el Tío Wiggily saltó directamente a ella.

—¡Clanc! —se juntaron las mandíbulas de la trampa, atrapando al pobre señor conejito por una pata trasera.

—¡Oh, cielos! —gritó el Sr. Orejaslargas—. ¡Estoy atrapado! Pero es una suerte que sea una trampa de mandíbulas suaves, y no del tipo con dientes afilados. Si tan sólo pudiera soltar mi pata, estaría bien; excepto que

mi pata podría estar coja y rígida por unos días. Tengo que intentar salir.

El Tío Wiggily intentó sacar la pata de la trampa, pero fue inútil. El resorte sujetaba las mordazas con demasiada fuerza. El señor conejo centelleó su rosada nariz tan fuerte como pudo, e incluso trató de hacer palanca para separar las mandíbulas de la trampa con su muleta para el reumatismo de rayas rojas, blancas y azules. Pero no pudo.

“¡Oh, cielos! Debo pedir ayuda. Tal vez Neddie Colilla, el fuerte niño oso, me oiga. Podría abrir fácilmente esta trampa y liberarme”, pensó el Tío Wiggily.

Así que el señor conejo gritó tan fuerte como pudo:

—¡Auxilio! ¡Ayuda!

Por supuesto, hablaba como un animal, y por eso la niña, que iba a tener un pastel de cumpleaños con diez velas, no se enteró de lo que decía el Tío Wiggily.

Pero lo oyó hacer ruido, pues poco después del

accidente pasó por el lugar donde el conejito había quedado atrapado en la trampa.

—Me pregunto qué será ese ruido tan raro —dijo la niña, mientras el Tío Wiggily volvió a pedir ayuda—. Suena como algún animal. Ojalá entendiera el idioma de los animales.



Tío Wiggily deseó de todo corazón que la niña pudiera oír lo que decía, pues estaba pidiendo ayuda. El conejito entendía el lenguaje de las niñas, y sabía lo que la niña decía, pues expresaba sus pensamientos en voz alta.

—¡Pero ella no sabe lo que yo quiero! —se dijo el pobre Tío Wiggily—. Seguro que es buena y amable, como lo son todas las niñas, y si pudiera conseguir que viniera por aquí podría sacarme de la trampa.

La niña, de camino a casa desde la tienda, se había detenido no muy lejos del Tío Wiggily, pero no podía verlo porque estaba detrás de un arbusto.

“Debo hacer algún ruido que ella oiga”, pensó el conejo. Entonces se revolvió entre los arbustos con su muleta, haciendo sonar las hojas secas y los arbustos verdes, y la niña oyó aquel ruido.

—Tal vez haya un pájaro atrapado en una gran telaraña

—dijo la niña—. Lo soltaré; ¡me encantan los pájaros! Dejó su paquete de harina, azúcar y huevos en un tronco plano y se abrió paso entre los arbustos hasta que vio dónde estaba el Tío Wiggily atrapado en la trampa.



“I wish you would come to my birthday party!”

—¡Oh, qué conejo más gracioso! —dijo la niña mientras miraba al señor conejo todo vestido, como siempre que

iba en busca de aventuras—. ¡Parece un dibujo de una tarjeta de Pascuas! ¡Ojalá lo tuviera en mi fiesta!

“Vaya, ojalá me quitara esta trampa de la pata”, pensó el Tío Wiggily, aunque, por supuesto, no pudo decir nada, por mucho que pudiera oírlo.

Entonces la niña miró hacia abajo, entre las hojas, y vio dónde la trampa había pellizcado al Tío Wiggily.

—¡Oh, pobre conejito! —dijo—. Te soltaré.

Muy suavemente presionó con el pie el resorte de la trampa, para abrirla. Cuando se abrieron las fauces, el Tío Wiggily pudo sacar la pata, y así lo hizo. Saltó por encima de las hojas secas, cojeando un poco, pues la trampa le había dolido. Luego, al detenerse en un lugar liso y cubierto de hierba, el conejito se apoyó en su muleta a rayas rojas, blancas y azules para el reumatismo y, quitándose su alto sombrero de seda, hizo una baja y cortés reverencia a la niña.

—¡Gracias por haberme hecho un gran favor! —dijo el Tío Wiggily en idioma animal—. Ojalá pudiera hacerte yo uno a ti.

Pero, por supuesto, la niña no podía entender este lenguaje de conejitos, así que sólo se rio y dijo:

—¡Oh, que conejito tan gracioso! ¡Con sombrero alto y todo! Me gustaría que vinieras a mi fiesta de cumpleaños. Tendré un pastel con diez velas encendidas.

—Gracias, me gustaría ir, pero no es posible —contestó el Tío Wiggily en su propio lenguaje. Luego, con otra reverencia baja y cortés, se marchó dando saltitos.

La niña recogió las cosas que había comprado en la tienda y se fue a casa.

—Nunca adivinarás lo que vi en el bosque —le dijo a su madre—. Un conejo, todo vestido con un abrigo negro y unos pantalones rojos, estaba atrapado en una trampa, ¡y lo liberaré!

—¡Tonterías! —se rio Mamá—. ¿Quién ha oído hablar de un conejo así? Estás tan entusiasmada con tu pastel de cumpleaños que creo que estabas soñando.

—¡Oh, no, Mamá! ¡No lo he soñado! —dijo la niña—. ¡De verdad que no!

—Bueno, no importa. Ahora haremos tu pastel de cumpleaños —respondió la madre.

El pastel de cumpleaños se mezcló y se coció en el horno, y por encima se extendió glaseado rosa.

—Pondremos las velas por la mañana, cuando tengas tu fiesta—le dijo Mamá a la niña.

Llegó mañana, después de una noche en la que Cora Janet, que así se llamaba la niña, había soñado con subirse a un dirigible, con un señor conejito vestido de soldado. Por la tarde, muchos niños y niñas acudieron a la fiesta de cumpleaños de Cora Janet.

—Oh, ¡qué bonito es todo! —exclamó un niño cuando le dieron su segundo plato de helado.

—¡Espera a que veas mi pastel de cumpleaños con diez velas puestas! —susurró Cora Janet.

Cuando casi era hora de poner el pastel con las velas encendidas, mamá llamó a Cora Janet a la cocina.

—¿Conseguiste las velas, Cora? —preguntó la Madre.

—¡Pues no! —respondió la niña—. ¡Pensé que teníamos velas!

—Y yo que te había dicho que las traieras —continuó Mamá—. No hay ninguna en la casa. He buscado por todas partes. No importa, tal vez pueda tomar prestadas algunas en la casa de al lado. Vuelve con tus amigos.

—Oh, espero que puedas conseguir velas —suspiró Cora Janet—. ¡Un pastel de cumpleaños sin velas difícilmente estará bien!

Madre preguntó a la señora que vivía al lado si tenía velas.

—Lamento decir que ninguna —fue la respuesta.

Entonces Madre preguntó a la señora del otro lado.

—Nunca uso velas —respondió la señora, que salió por la puerta trasera para hablar por encima de la cerca a la mamá de Cora Janet—. ¡Lo siento!

—Bueno, supongo que tendrán que comerse el pastel sin las velas de cumpleaños puestas —dijo mamá—. Cora Janet también estará muy decepcionada, ¡es una niña tan imaginativa! Imagínese, señora Blake, que ayer llegó a casa y contó que había ayudado a salir de una trampa a un viejo señor conejo, con un alto sombrero de seda.

—¡La idea! Lo habrá soñado —dijo la Sra. Blake.

—¡No, no lo ha soñado! ¡Eso ocurrió de verdad! —se dijo el Tío Wiggily, que en aquel momento saltaba por los campos de detrás de la casa donde vivía Cora Janet—.

Así que ésta es su casa, ¿verdad? Y no tiene velas para su pastel de cumpleaños. ¡Qué pena!

El Tío Wiggily había saltado justo a tiempo para oír a la madre de Cora Janet pidiendo velas a los vecinos.



—Es tan tarde que todas las tiendas están cerradas — continuó la Sra. Blake—, si no, iría a comprar velas para Cora.

—No importa —dijo Madre—. Tendrá que soportar su decepción lo mejor que pueda.

—¡No! ¡No puede ser! —se dijo el Tío Wiggily—. No puedo darle velas de verdad, pero puedo dejar en su escalera unas astillas de pino. Tienen brea, alquitrán y resina, y arderán casi como velas. Cuando yo era un niño conejo, a menudo encendía estas velas de pino.

No muy lejos estaba el bosque, y, saltando por el campo en el crepúsculo de la tarde, el Tío Wiggily, con sus afilados dientes, no tardó en roer algunas astillas de nudos de pino de uno de los árboles. Antiguamente, cuando no había lámparas eléctricas ni de querosén, los niños solían estudiar sus lecciones delante de las chimeneas, junto a estos nudos de pino.

—Estas servirán de velas para el pastel de cumpleaños — susurró el Tío Wiggily, mientras volvía a la casa de Cora Janet con una pata llena de nudos de pino. Los puso en la entrada y luego, con las patas traseras, pateó un poco de grava del sendero delantero contra las ventanas del comedor.

—¿Qué es eso? —preguntó Cora Janet al oír el ruido.

—Unos chicos malos jugando al Toc-toc —dijo una de las niñas de la fiesta—. Están haciendo bromas porque no los han invitado.

—Iré a ver quién es —dijo Mamá.

Salió al pórtico. Allí vio el montón de astillas de nudos de pino. Como había vivido en el campo cuando era niña,

Madre sabía que esos trozos de madera podían servir para hacer velas.

—¡Ahora puedo hacer que el pastel de cumpleaños brille con más intensidad! —exclamó Madre. Se apresuró a entrar en la casa. Puso diez astillas de nudos de pino en el pastel, pues el Tío Wiggily había dejado una docena entera, sin saber exactamente cuántos años tenía Cora Janet. Luego, cuando los nudos de pino estuvieron encendidos, mamá llevó el pastel a la sala donde los niños y las niñas deseaban a Cora Janet muchas felicidades por su cumpleaños.

—Oh, ¿de dónde has sacado las velas? —preguntó Cora.

—Supongo que las habrá dejado el conejo que soñaste que veías —respondió Madre, divertida, por supuesto, pues nunca pensó que eso pudiera suceder realmente.

—Velas de ensueño o no, ¡son preciosas! —murmuró la niña.

Y todos en la fiesta dijeron lo mismo.

Observaron a Cora Janet mientras soplaba, una a una, las velas de pino de su pastel de cumpleaños. Y cuando se apagó la última, el pastel se cortó en medio de las alegres risas de los niños y las niñas.

—Me alegro de haberle hecho un favor —se dijo el conejito, mientras, escondido bajo el arbusto de lilas, oía y veía todo lo que ocurría—. ¡Siempre querré a Cora Janet!

Y así fue.

